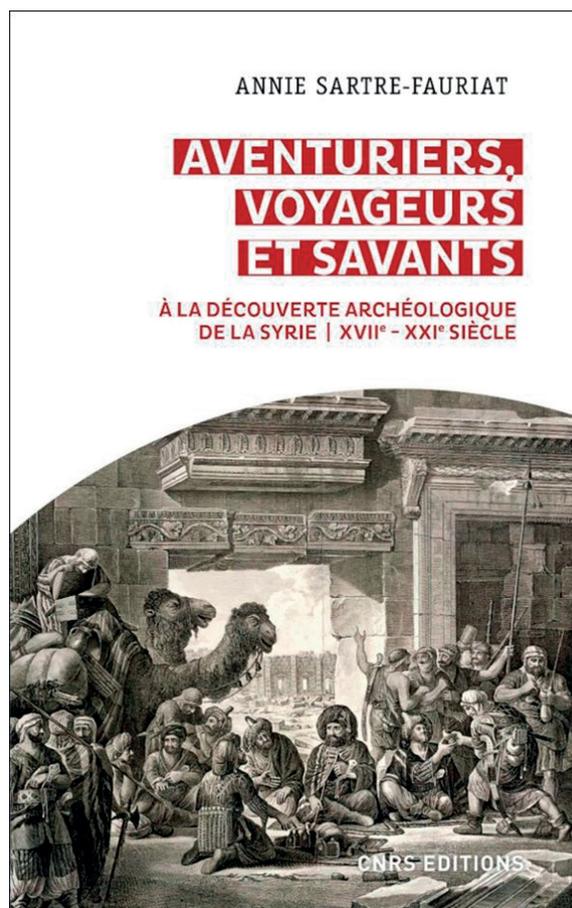


pudiéndose identificar como lugares de producción de alimentos. Sin embargo, a pesar de una elevada producción de cereal, no se han encontrado lugares aparentemente destinados a su almacenamiento, lo que lleva a la autora a plantearse hipótesis sobre la dimensión social de esta comunidad.

Gracias a este libro, parece obvia la importancia de este tipo de herramientas y, por tanto, de su análisis. Al fin y al cabo, y en palabras de la autora, estos “procesadores de alimento” son universales, han transformado la vida cotidiana, han permitido una adaptación del ser humano al medio ambiente y han contribuido a la formación de los hábitos alimenticios modernos. Desde esta perspectiva, resulta llamativo que no sean objetos más centrales en el desarrollo del conocimiento de las poblaciones del pasado dada su clara relación con la nutrición y los hábitos alimenticios, o al menos, que no siempre tengan su capítulo en los estudios arqueológicos. Sin duda, dos de los puntos fuertes de este libro son la metodología replicable propuesta y el acceso abierto a la base de datos utilizada incluida en los apéndices (pp. 169-225). Ambos aspectos, acompañados de una rica documentación gráfica, puede que sitúen este estudio como un punto de partida metodológico para el análisis de otros conjuntos de herramientas GPT, y dar paso a una futura comparación entre ellos. De hecho, esto es un deseo expresado por la propia autora.

En el último capítulo de este libro, *Plants and Landscapes in the art of Göbekli Tepe (Excursus)* (pp. 166-168), la autora habla brevemente sobre la única potencial representación de plantas en la iconografía de Göbekli Tepe, además como parte de un paisaje antrópico. Normalmente centradas en animales, humanos y motivos abstractos, esta posiblemente sea una de las pocas representaciones neolíticas sobre plantas y paisaje documentadas hasta la fecha.

Alicia Alonso García  
Universidad Autónoma de Madrid



Annie Sartre-Fauriat

*Aventuriers, voyageurs et savants. À la découverte archéologique de la Syrie (XVIIe – XXIe siècle)*

CNRS Éditions, Paris, 2021

304 páginas, con ilustraciones

Medidas: 22 x 14 cm

ISBN 978-2-271-13708<sup>1</sup>

24 €

La arqueóloga e historiadora de la Antigüedad Annie Sartre-Fauriat es considerada una de las grandes expertas en historia y arqueología del Próximo Oriente greco-romano. Actualmente es profesora emérita en la Universidad d'Artois y

<sup>1</sup> Esta publicación se ha realizado dentro de un proyecto de investigación posdoctoral financiado por el Programa de Ayudas para la Recualificación del Sistema Universitario Español, modalidad de Ayudas Margarita Salas para la formación de jóvenes doctores (Número de referencia de la ayuda concedida: CA1/RSUE/2021-00649) del Ministerio de Universidades, Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia, Universidad Autónoma de Madrid.

---

entre sus líneas de investigación están: la arquitectura y las costumbres funerarias de Siria en época greco-romana, los estudios sobre las élites de Siria en la Antigüedad y los viajeros europeos del siglo XIX en Siria. Cuenta con numerosas publicaciones científicas de entre las que podemos destacar la obra en dos volúmenes *Des tombeaux et des morts. Monuments funéraires, société et culture en Syrie du Sud (Ier siècle av. J.-C.-VIIe siècle ap. J.-C.)* (Paris, 2001) y aquellas publicadas junto con M. Sartre como *Palmyre: la cité des caravanes* (Paris, 2008), *Zenobie, de Palmyre à Rome* (Paris, 2014) o *Palmyre: vérités et légendes* (Paris, 2016).

En *Aventuriers, voyageurs et savants. À la découverte archéologique de la Syrie (XVIIe – XXIe siècle)*, A. Sartre-Fauriat nos presenta una síntesis sobre la historia del redescubrimiento de la Antigüedad de Siria. La obra está dividida en una introducción, donde realiza un breve resumen de la obra, un preámbulo y tres partes, terminando en una breve conclusión.

La autora dedica el preámbulo del libro a las narraciones de aquellos peregrinos de la tardo-Antigüedad y del medievo que visitaron los Santos Lugares de Palestina y dejaron testimonio escrito de algunos de los más importantes monumentos que todavía se conservaban. Sin embargo, fue a partir del siglo XVII cuando se inicia el verdadero redescubrimiento del pasado más antiguo de Siria, al ya contar con auténticos exploradores que marcharon a esta región con el objetivo de observar y describir aquel mundo que, por entonces, se consideraba lejano. De este siglo destaca el periplo de Pietro della Valle entre 1614 y 1618, quien atravesaría y describiría algunas de las más importantes ciudades de Siria en un largo viaje que lo llevaría incluso a la India.

No obstante, el punto clave del redescubrimiento de la Antigüedad siria fue la identificación de Palmira entre 1678 y 1691 por los británicos T. Lanoy y A. Goodyear, la cual generará una auténtica atracción por parte de muchos viajeros a lo largo del siglo

XVIII posterior, destacando R. Wood y J. Dawkins en 1751, o L.-F. Cassas en 1785<sup>2</sup>. Este último dejará una importante colección de dibujos y planos, aunque con errores de interpretación en sus reconstrucciones al inspirarse en la arquitectura clásica, error que cometerán varios eruditos hasta el siglo XIX al no terminar de comprender la arquitectura siria en el periodo greco-romano.

Junto a Palmira, otros espacios que atrajeron la atención de los exploradores europeos durante el siglo de las luces fueron las denominadas *ciudades muertas* del norte de Siria, destacando la exploración y descripción por parte de R. Pococke en 1737 de yacimientos como Riha, Ruweiha, Kafr Lata y la basílica de San Simeón. Igualmente, también fueron objeto de admiración algunos lugares de la ribera del medio-alto Éufrates, como la ciudad de Membidj, antigua Hierápolis.

Sin embargo, frente al fervor que había despertado Palmira en el siglo XVIII, durante la primera mitad del siglo XIX se aprecia un enfriamiento del interés por esta ciudad. De este periodo la autora señala algunas expediciones como la de J.-L. Burckhardt en 1814, la de J. W. Bankes en 1816 y la de F. L. Laborde en 1827. Pero, sin lugar a dudas, el gran redescubrimiento de la arqueología siria durante este siglo fue la región del Hauran, la cual constituía una auténtica *terra incognita* para los viajeros europeos, ya que su presencia en las fuentes clásicas es prácticamente inexistente. Así pues, con el viaje y descripción de U. J. Seetzen entre 1805 y 1806 se dieron a conocer al público europeo importantes yacimientos de esta zona como Khabab, Ezra, Bosra, Suweida o Shahba. A él le seguirán otros como L.-W. Burckhardt en 1810 y 1812 y J. S. Buckingham y W. J. Bankes entre 1816 y 1818.

La segunda mitad del siglo XIX, a la que está dedicada la segunda parte de la obra,

---

<sup>2</sup> La admiración por Palmira saltará incluso a la literatura orientalista, constituyendo un lugar de paso obligado dentro del *grand tour* que muchos viajeros europeos realizarían a lo largo del siglo XIX y parte del XX, tal y como señala A. Brill en su obra *El viaje a Oriente* (Madrid, 2018).

---

es el periodo bisagra entre los exploradores de etapas anteriores y las futuras misiones científicas profesionales. Por un lado, se aprecia una mayor implicación y apoyo de las instituciones públicas de los diferentes estados europeos en la exploración de las antiguas ciudades de Siria. Por otro, se observa un cambio en la actitud del viajero, motivado cada vez más por una auténtica curiosidad científica y que se manifestará en una mayor profundidad de análisis, interpretación y reconstrucción histórica de los restos arqueológicos y epigráficos. No obstante, la mayoría de estas expediciones siguieron dependiendo de la iniciativa individual y todavía no contamos con intervenciones verdaderamente arqueológicas. De entre los primeros viajeros de esta etapa destacaron a J. G. Wetzstein (1858) y W. H. Waddington y M. de Vogüé (1861-1862).

Más adelante, durante el último tercio del siglo XIX, creció exponencialmente el interés por Siria, lo cual provocó un aumento en la llegada de viajeros y expediciones científicas europeas de todas las nacionalidades. De entre ellos, destaca el periplo del británico R. F. Burton entre 1869 y 1872, aunque con una actitud *más semejante a* los viajeros de etapas previas. Entre las expediciones científicas francesas se encuentra la dirigida por R. Dussaud, quien entre 1895 y 1899 estudiaría diversos lugares como la costa fenicia, la ribera del Orontes, las *ciudades muertas* y el Hauran. Por parte alemana sobresale la expedición que hizo entre 1884 y 1913 G. Schummacher a las ruinas del este del Jordán y el Haurán. En cuanto a las misiones estadounidenses, especialmente importante fue la misión científica interdisciplinaria dirigida por H. C. Butler en 1899 a las *ciudades muertas* y el Haurán. Por último, la autora incluye dentro de esta etapa puente las aportaciones de G. Bell, quien llevó a cabo tres viajes por Siria entre 1900 y 1909. Si bien las obras y la implicación política de G. Bell la han convertido en una figura de extraordinaria relevancia histórica, la autora considera que sus descripciones siguen más bien la línea de los viajeros y aventureros de etapas anteriores. No obstante, hay que

destacar una de sus grandes contribuciones a la arqueología de Siria que no es sino la identificación de numerosos *tells* de la ribera del medio-alto Éufrates, destacando Tell Ahmar, Kara Kazak y Karkemish.

Finalmente, la última parte de la obra está dedicada al periodo que se extiende desde 1920, con la creación del mandato francés en Siria, hasta el comienzo de la guerra civil en el país en 2011. Así, se señala que, durante el periodo colonial, surgieron las grandes instituciones responsables de la investigación y gestión del patrimonio arqueológico sirio, como el Servicio de Antigüedades de Siria, el museo de arte islámico en Damasco (germen del futuro Museo Arqueológico Nacional de Siria) y los de arte antiguo en Beirut y Alepo. También se empezó a editar la revista *Syria* y la serie editorial *Bibliothèque Archéologique et Historique* (BAH), destinadas a la publicación de los resultados arqueológicos. Junto a este proceso de institucionalización de la arqueología, a partir de los años treinta se reguló igualmente la llegada de misiones extranjeras.

En cuanto a las principales excavaciones en Siria bajo el mandato francés, contamos con una serie de descubrimientos que constituyen grandes hitos en la investigación arqueológica. Por un lado, están las investigaciones de R. Dussaud en la costa de Fenicia, pero, por otro, fueron de especial interés los descubrimientos de Dura Europos en 1920, el de Ras Shamra-Ugarit en 1929 por C. Schaeffer y el de Tell Hariri-Mari en 1933 por A. Parrot. Además, se iniciaron proyectos arqueológicos de excavación y restauración en Palmira entre 1929 y 1936, dirigidos por H. Seyrig y al frente de la Dirección del Servicio de Antigüedades; así como las primeras prospecciones aéreas sobre el territorio sirio de la mano de A. Poidebard entre 1925 y 1934.

A partir de 1946, las instituciones francesas surgidas durante el mandato y dedicadas a la gestión e investigación arqueológica pasan bajo administración de la recientemente constituida República Árabe de Siria, creándose la Dirección General de Antigüedades y Museos de Siria

---

(DGAMS), a cuyo frente destacaría la figura de S. Abdulhak. No obstante, se permitió la continuidad de muchos de los proyectos arqueológicos franceses como el de Ras Shamra-Ugarit y Tell Hariri-Mari, a la vez que se siguieron dando permisos de excavación a otras muchas misiones internacionales. En este momento, se inicia la incorporación de arqueólogos sirios a diferentes excavaciones como A. Bouni, N. Saliby y M. Al-Maqdissi, muchos de los cuales pasaron a dirigir o codirigir varios proyectos arqueológicos a partir de los años setenta.

Por su parte, el gran descubrimiento de esta época fue, sin lugar a dudas, el de la antigua ciudad de Ebla por el equipo de P. Matthiae en 1964, con su importante conjunto monumental y destacando especialmente el archivo del III milenio a.C. Este hallazgo motivaría a más estudiosos a iniciar proyectos arqueológicos en Siria. Otro de los hitos arqueológicos de esta etapa fue la construcción de la presa de Taqba, lo cual conllevó la planificación y ejecución de un gran proyecto arqueológico internacional de salvamento para investigar a contrarreloj aquellos yacimientos que estaban en peligro de quedar anegados por las aguas. Por otro lado, se retomaron las investigaciones sobre el Haurán y las *ciudades muertas*, los cuales ambos habían pasado a un segundo plano en época del mandato.

Finalmente, la autora dedica el último capítulo de esta parte a las terribles consecuencias que la guerra civil ha tenido para el patrimonio arqueológico de Siria. Aquí señala las violaciones de lugares de extraordinaria relevancia histórica y monumental perpetradas tanto por parte del ejército sirio como por parte del grupo DAESH, además del pillaje al que han quedado abandonados muchos yacimientos de Siria. De entre todos los lugares arqueológicos, la autora destaca la destrucción sistemática que se ha llevado a cabo en Palmira. Al final de esta parte, introduce el debate en torno a la reconstrucción de los monumentos que se han destruido durante la guerra, señalando que una reconstrucción integral implicaría un falseamiento de la propia historia del

yacimiento, abogando más bien por una restauración *más discreta*.

En definitiva, esta obra hace un rápido recorrido por la investigación arqueológica de Siria. En ella se aprecia una evolución lógica desde los primeros viajeros que se aventuraron en esta región, dejando constancia de los restos de antiguas ciudades, hasta las modernas misiones arqueológicas plenamente científicas. Por su parte, también trata la creación de las instituciones que, hoy en día, dirigen la investigación arqueológica de Siria. Del mismo modo, incluye dentro de este desarrollo, las dramáticas consecuencias que ha tenido la guerra civil para el patrimonio arqueológico sirio, la cual, todavía hoy, sigue asolando el país.

La importancia de esta contribución radica en que, en muchos aspectos, Siria ha quedado al margen de los estudios historiográficos sobre el Próximo Oriente antiguo, más centrados en la historia de la investigación arqueológica en Iraq, Egipto o Irán. En este sentido, podemos decir que la obra reivindica la región como un espacio que ha de ser objeto de estudio concreto y no derivado de las grandes civilizaciones que la rodearon. Pese a esto, tal y como la propia autora reconoce en sus conclusiones, se trata de un trabajo de síntesis, por lo que carece de la profundidad que merecen cada una de las aportaciones que configuraron la investigación arqueológica de esta región.

En conclusión, esta obra constituye una perfecta introducción al estudio historiográfico sobre la arqueología de Siria. Del mismo modo, viene a completar un cierto vacío en la investigación historiográfica, dando coherencia a la investigación sobre una región concreta del Próximo Oriente que, a medida que se han ido desarrollando los proyectos arqueológicos, se ha ido definiendo como un espacio histórico y cultural autónomo dentro de la historia del Próximo Oriente antiguo.

*Juan Álvarez García*  
*Universidad Autónoma de Madrid*